

EL TORMOGODUS, EL
HISPANORROMANO Y EL BÁRBARO. LA
LEYENDA.

(ACCÉSIT A LA IDEA CREATIVA MÁS ORIGINAL I
CERTAMEN NACIONAL DE RELATO HISTÓRICO “LA
OLMEDA”)

~

“Llevo milenios viendo como todo pasa, como todo desaparece ante mí y vuelve a renacer, la vida me muestra cuanto ocurre en cada lugar. Divago por el mundo en forma de espíritu, en forma de Dios para otros. En ocasiones bago el bien en otras no, pero solo soy un testigo más del devenir de este mundo. Si el mundo se silencia resueno, como en las noches frías de invierno se escucha el sutil sonido de una boja caída, el solitario coche que atraviesa una lejana carretera o el mar cuando gruñe rompiendo la agrietada roca. Unos piensan que cambio, que todo es cambiante, otros que siempre hay algo en mí que es innato, inmutable, yo digo que he sido y seré siempre la misma, aquella que todo lo sabe, pero a la que poca gente la escuchaba”.

I

—Hola chicos. Mañana no tendremos clase, bueno quiero decir que iremos de excursión a una villa romana.

—Soraya, ¿podemos quedarnos en casa?

—Pues no Luis. Vas a suspender esta asignatura, la historia es muy importante y sé que te gusta. Mañana quiero verte aquí para coger el autobús. Salimos a las nueve.

—Bueno vale.

“Algo va a ocurrir muy pronto, una nueva vida cambiará para siempre, la naturaleza volverá a hacer que el mundo evolucione”.

—¿Estamos todos?, ¿Y Luis?

—Me ha dicho que no sabía si iba a venir.

—Esperarse un momento, voy a llamar a su casa.

—¡Soraya! Luis ya viene, está entrando por la puerta.

—Creía que ya no venías.

—No sé, he pensado que a lo mejor no estaba tan mal.

—Te gustará, te lo puedo asegurar.

“Un nuevo espíritu deseoso por encontrar el sentido de su vida se dirige sigilosamente en busca de la verdad y de su propio destino”.

—Ya estamos aquí. Hasta por fuera es bonito.

—¿Qué árboles tan extraños?

—¿Te parecen extraños? Acércate a ellos, Luis.

“Todo va a comenzar. La historia se va a mostrar como una caja de recuerdos que te mira fijamente a los ojos y te atrapa para siempre”.

—Soraya, Luis se ha mareado y lo que habla no se le entiende. Está tumbado en el suelo.

—No os preocupéis, no es nada. Vosotros entrad que yo me quedo con él.

II

—Hola. ¿Te llamas Luis, verdad?

—¿Dónde estoy?, ¿quién me habla?

—Tranquilo, tú solo escucha. No te va a ocurrir nada solo estás dentro de nuestro mundo.

—¿Me están hablando tres árboles?

—Sí, nosotros. Tres voces al unísono legendarias, extrañas e inmortales. Somos un Pino albar, un Olivo y un Acebo. Alguien que tú muy bien conoces nos convirtió en leyenda y nos dio nombre, EL TORMOGODUS, EL HISPANORROMANO Y EL BÁRBARO.

—¿Quién?

—¡Silencio! La historia va a comenzar. Tú solo escucha, siente, disfruta, sueña y sobre todo aprende, porque después de esto tu vida va a cambiar.

—Cuando el mundo era un ser perdido y los humanos criaturas que danzaban al ritmo de los Dioses y antepasados legendarios, sobrehumanos, cuando el rayo era la maldición de un dios, cuando la sequía era un castigo divino por un “*fatum*” hecho a los Dioses, un delito que había quebrado el orden cosmogónico provocando la inestabilidad, lo que hacía que se perdiera el favor de los Dioses, en esos tiempos ancestrales ocurrió un crimen de grave ofensa para nuestros protectores, el exterminio de la propia prole.

—Dos lugares muy distanciados, pero ambos comparten una historia muy semejante, porque las historias se repiten en cada tiempo y lugar, de distinta forma tal vez, pero siempre igual. Dos penínsulas, la Ibérica y la Itálica, dos tribus distintas, pero la misma brutalidad. Los humanos ya no somos esos seres nómadas sin mucha malicia, perdidos, que solo buscan sobrevivir, más cercanos al animal que al hombre, ahora se busca la codicia, la superioridad, la grandeza, el imperio, la leyenda. El humano ya se puede decir que es un hombre.

—En estos campos hace cientos y cientos de años se extendían los bosques, los pastos y aquí habitaba la tribu de la cual tomo mi nombre, “TORMOGUS”, aunque alguien hace años varió ligeramente estas sílabas.

—¿Quién?

—Silencio.

—Observa a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Es una tribu. Aquel que lleva esa espada tan grande y brillante parece el jefe, los dirige a todos y es muy agresivo. ¿Nos están viendo?

—Tranquilo, no estés nervioso, nadie nos ve. Solo somos testigos de otro tiempo y lugar, observadores del paso de la historia, no existimos en este instante. Somos bruma, polvo, viento, alguien que observa sin ser visto, sin ser tangible, sin ser perceptible para los sentidos. Pero aun así, podría decirse que somos más reales en este mundo que en el nuestro.

—Sí, has averiguado quien manda entre ese grupo de hombres tan mitológicos, tan poco cercanos a nosotros, tan extraños. El cacique de la tribu se llamaba Argantonio, era muy valorado entre los suyos, había luchado contra cientos

de tribus enemigas, se había enfrentado a dragones y a seres mitológicos portadores del caos, pero ahora castigaba injustamente, se había vuelto receloso de cualquiera, era un ser decrepito y el mismo estaba destruyendo lo que había creado, tenía nostalgia del caos. Y ello le llevaría a cometer un acto desagradable, deshonroso, inhumano incluso para el siglo VIII a.c.

—Tomó por la fuerza a la mujer de su propio hijo, Corbis. Cuando a Corbis le hacen saber de tal brutalidad su corazón se rompió en pedazos. Aún en estas tierras, si te alejas de los sonidos mundanos, se puede escuchar el llanto, un llanto que rompe las rocas, que causa tal sensación de dolor que es imposible escucharlo más de unos segundos.

—Corbis cogió su espada y aún con el alma enturbiada de tristeza se enfrentó a su propio padre, pero Argantonio era ya un ser cruel y despreciable, tenía el corazón lleno de tanta maldad y fue capaz de darle muerte.

—La mujer de Corbis había quedado embarazada y fruto de ese acto incestuoso y cruel nació Orsua. Argantonio tras matar a Corbis juró que daría muerte a su propia prole.

—Así que Güendolina, que así se llamaba la mujer de Corbis, huyó con Orsua, pero pronto serían capturados, aunque el final de Argantonio se acercaba.

—Orsua y su madre se refugiaron en el hueco de un fornido tronco de un árbol como yo, un Pino Albar. Cuando Argantonio y sus hombres llegaron, Güendolina se puso delante de su hijo, intentando protegerlo, pero una fría espada de hierro duro y cruel atravesó su pecho. Las últimas palabras que pronunció Güendolina aún resuenan entre las montañas, agonizó diciendo: “Algún día Argantonio sucumbirás bajo las manos de tu propio hijo”.

—Cuando fueron a atrapar a Orsua del fondo del tronco, el árbol se quebró y tapo el hueco donde estaba escondido. El árbol sacrificó su vida por salvar a Orsua. Argantonio pensó que había quedado sepultado bajo el tronco, pero lo que no sabía es que ese fornido árbol poseía un túnel mágico y subterráneo que iba a parar a un lago de agua blanca y cristalina. Allí Orsua sería amamantado por una cierva, al igual que Rómulo y Remo en el mismo momento serían amantados por una loba; dos historias semejantes en dos lugares tan lejanos.

—Orsua crecería en un mundo idílico rodeado de animales, de árboles mágicos que le contarían su historia, como su propio padre había matado a su madre y al que en verdad tendría que haber sido su padre. Su vida era pletórica, vivía en un mundo en el que nadie se odiaba, en un paraíso, pero sabía que algún día tendría que enfrentarse a su propio destino. Así que una mañana decidió despedirse de la que había sido su madre, una cierva que la había aportado la fortaleza, la humildad y la bondad que le caracterizarían para siempre. Dijo adiós a todo lo que había conocido, sus amigos los jabalíes, las liebres, dijo adiós a su familia. Pero antes depositó un ramo de flores en la tumba de su verdadera madre, que se encontraba en el tronco carcomido y polvoriento del árbol que había salvado su vida.

—Cuando llegó al campamento se encontró con un Argantonio completamente deplorable, injusto, sin vida, solo odio en su mirada. Por supuesto, nadie reconoció a Orsua cuando llegó, pero él se encargó de decir quién era. Cuando se posó delante de Argantonio este desenvainó su espada pero no tenía fuerzas y cayó de bruces en el suelo y en ese instante se escucharon las palabras de Orsua:

“No vengo a matarte, tú solo te has matado en vida. Has provocado que todo el mundo te odie. Mi madre te maldijo diciendo que sucumbirías bajo mis manos, pero no serán mis manos las que te maten sino mis palabras”.

—En ese momento Argantonio dejó de suspirar, su aliento se cortó y desapareció de este mundo, su alma se desvaneció para siempre. Y así nació la época de máximo esplendor para los TORMOGUS.

—¿Y a ti quién te plantó?

—Espera Luis, ten paciencia. Cuando Orsua se convirtió en el Rey de la tribu los Dioses le concedieron un deseo por haber salvado a un pueblo de la oscuridad y el caos. Lo único que pidió es que plantaran un pino albar en el centro del poblado igual que el que había protegido su vida. Y así fui plantado por dioses en este mundo, bajé de las entrañas del cielo para ser testigo del devenir de cientos de almas que han pasado y pasan por estas tierras.

— ¡No me dejes marchar de este tu mundo! Quiero estar contigo y con tus amigos. Soy feliz con estas historias.

III

—Tranquilo Luis, aún te quedan muchas historias por escuchar. Ahora me presento yo, soy el hispanorromano, un anciano olivo.

—Después de los años más prósperos de los TORMOGUS la vida siguió su curso y el hombre se volvió ansioso por la conquista de nuevas tierras. Corría el año 218 a.c cuando el gran Imperio Romano se enamoró de estos campos, de esta península, una tierra próspera con tanto oro y plata que hacía pensar que los ríos eran dorados y los bosques cuevas repletas de piedras preciosas.

—Aunque en esta zona a los romanos les costó sangre vencer y conquistar a los luchadores de estas tierras que defendieron sus campos con su propia vida. En las guerras Celtíbero-Lusitanas los TORMOGUS se unieron con otras tribus, VACCCEOS, ASTURES, VETONES y tantos otros sin nombre, sin que nadie los recuerde, pero orgullosos por defender lo que era suyo.

—Con los años esta tierra se romanizaría y rendiría pleitesía a los Dioses de los que antes consideraban enemigos. Y el suelo que hoy tú pisas, en el siglo I d.c. un

gran señor se apropió de él y lo convirtió en la mayor explotación agrícola jamás conocida hasta esa época. Ya no se miraban las piedras con cariño ni los árboles, únicamente se utilizaban por interés, por especular.

—Mientras sucedía esto en la tierra, en el Olimpo de los Dioses tenían sus propios problemas, amores no correspondidos, luchas internas, explosiones de ira y todo un conjunto de expresiones sobrehumanas, pero a pesar de ello siempre estaban al servicio de las pretensiones terrenales, aunque no era extraño que en muchas ocasiones los Dioses rompieran en cólera.

—En el año 20a.c nació un niño fruto del amor de un legionario romano y una esclava hispana. Dicen que cuando se escuchó su llanto el Dios Marte se volvió mucho más benevolente. Marte, en cierto modo, se encontraba reflejado en esta historia, él también tenía una amante, la Diosa Venus, de belleza completamente celestial.

—Pero no solo Marte admiró ese canto infante. Saturno al escuchar ese llanto terrenal pero a la vez tan celestial perdió fuerza y esto hizo que su hijo Júpiter lo venciera. Por ello cuando Júpiter pudo casarse con su propia hermana, Ceres,

estos decidieron proteger siempre a ese niño y concederle todo aquello que necesitase. Había nacido el hombre que sería capaz de hablar con los propios Dioses.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Tan importante te parece el nombre, Luis?

—No sé, dicen que cada nombre encierra una historia.

—Puede que tengas razón.

—Se llamaba Aulus. Al ser hijo de una esclava, aunque su padre fuese ciudadano romano, heredaría tal condición. Durante su infancia tenía la capacidad de abstraerse del mundo terrenal y marchaba con los Dioses, así que todos, excepto su madre, lo consideraban un loco, un castigo de los Dioses por haber nacido de una esclava y un ciudadano romano. Sin embargo, era el ser más querido por todo el Olimpo, más apreciado incluso que los Caudillos Romanos.

—Al crecer comenzó a trabajar sin descanso y durante largas horas para el señor tanto en la “*terra dominicata*” como en la “*terra indominicata*”. Aunque él seguía comunicándose con los Dioses, sobre todo con Ceres, Diosa de la agricultura. Esta le enseñó a cultivar el trigo, a sembrarlo, a

recogerlo, incluso le enseñó a elaborar pan. Aulus estaba verdaderamente enamorado de ella aunque sabía que su amor era imposible, así que este se basaba en una admiración mutua.

—Un día Aulus supo de las conspiraciones que varios esclavos estaban planeando contra el señor. Así que, aunque no estuviese muy de acuerdo con la aptitud de este, no quería que fuese asesinado, ya que de todos modos él no tenía la culpa de cómo el Emperador elaboraba las leyes. Por lo que decidió advertirlo sobre lo que se estaba tramando contra él.

—Publius, que así se llamaba el señor, decidió agradecerle una oportunidad para alcanzar la libertad; si conseguía sembrar y recoger cien fanegas de trigo sería libre.

—En ese momento, Aulus lleno de alegría, corrió a contarle la buena nueva a Ceres, pero no lograba contactar con ella, era como si se escondiese, como si no quisiera verlo. Aulus se entristeció pero aun así comenzó a plantar el trigo como le había mandado el señor, pero las lluvias escaseaban y el trigo no crecía. Aulus ya desesperado imploraba a gritos la ayuda de Ceres y en ese instante lo que apareció ante él no fue ella, sino una yegua muy bella. Pero él no podía pensar

que esa yegua, por muy hermosa que fuera, era su querida amiga, Ceres. Esta Diosa, huyendo de Neptuno que se había enamorado de ella, prefirió convertirse en ese animal. Ceres estaba avergonzada delante de Aulus, pero este le dijo que seguía siendo tan dulce y bonita como siempre.

—Ceres le concedió las lluvias a Aulus, pero a cambio le pidió que debía mantener siempre vivo un árbol aunque este no diese fruto, porque el clima de esta zona no le era favorable. Pero debería de anteponer siempre la necesidad de frutos para comercializar por el cariño que le debía prestar a ese ser.

—Ceres le enseñó a Aulus la obligación de darle cariño a ese árbol sin recibir nada a cambio o quizás recibir algo más valioso que cualquier fruto, la inmortalidad por medio de las historias que yo mismo he transmitido y transmito a todo aquel que tiene el poder de escucharme. Y así fue como nació yo. Fui creado por la Diosa Ceres. Soy incapaz de tirar un fruto, pero el amor con que fui plantado me hace soportar cualquier tormenta, helada, temperatura extrema, aún sigo pensando que tengo la protección de mi madre aunque hayan pasado centenares de años.

—Y por ello soy el Hispanorromano, porque nací cuando los pueblos Romano e Hispano ya se habían fundido.

—¿Y eres capaz de seguir viendo a Ceres y a Aulus?

—Siempre Luis se puede volver a ver a quien más quieres.

IV

—¿Y a ti, Acebo, también te plantó un Dios?

—No, Luis. A mí me salvó un Dios, mejor dicho, una Diosa.

—¿Cómo fue?

—Tranquilo, no te irás sin saberlo.

—A finales del siglo IV d.c, durante el mandato del Emperador Teodosio I el Grande, la explotación agrícola donde trabajó Aulus había sufrido un periodo de decadencia, aunque ahora comenzaba a renacer. Aulus ya se había convertido en leyenda, al igual que Corbis, Orsua y tantos otros.

—Las tierras se seguían explotando por esclavos y por adscritos a la tierra que, aunque jurídicamente eran libres, su situación era igual o peor que la de un siervo.

—Por aquellos años ya se observaba la llegada de hombres procedentes de los pueblos bárbaros. Al principio, los primeros contactos de estos pueblos con el Imperio Romano fueron pacíficos y no pretendían destruir la Civilización Romana. Pero a los Dioses no les parecía bien tanta hospitalidad con estas gentes y más cuando una nueva corriente religiosa muy distinta a la suya les estaba arrebatando su función de protectores del Imperio o más bien ya se la había quitado desde que el Emperador Constantino había promulgado el Edicto de Milán en el año 312 d.c.

—En estas tierras trabajaban dos buenos amigos, Servius y Marcus, prácticamente habían olvidado ya a los Dioses Romanos y creían en un nuevo Dios y en su hijo Cristo. Una mañana de primavera cuando los árboles echaban las primeras flores se encontraron acostado entre el trigo a un joven de aspecto distinto a los hispanos lo que les hizo pensar que no era de estas tierras, su pelo era rubio y sus ojos de un color verdoso muy claro.

—Servius y Marcus en un principio se asustaron y lo empujaron para que despertase, pero pronto se dieron cuenta de que era un pobre chico indefenso. Visumar, que así se

llamaba este joven, tan solo tenía dieciséis años. Se presentó diciéndoles que provenía de un pueblo llamado Vándalo. Les contó que en su tierra el único oficio posible para un hombre era ser guerrero y luchar en las batallas, aunque él prefería cuidar de los árboles, estar rodeado de la naturaleza y eso es lo que había venido a buscar. Servius y Marcus lo trataron con total hospitalidad, pero el señor no veía con buenos ojos que un Vándalo estuviera cultivando sus tierras. Así que Visumar tuvo que abandonarlas, pero antes quiso hacerles un regalo a Servius y Marcus, los mejores amigos que había tenido, plantó un árbol típico de su tierra, un Acebo, para que siempre lo tuvieran presente.

—Pero los Dioses Romanos se sentían humillados por sus protegidos y sobre todo uno de ellos, Vulcano, que desató la ira y lanzó un rayo de fuego contra mí, por ello estoy partido en dos. Lo que dejó a Servius y Marcus completamente destrozados.

—Aunque existía una Diosa, cuyo único adjetivo posible es justa, que dio la orden a Neptuno de que apagara el fuego. Esta Diosa no fue otra que Atenea, Diosa de la sabiduría, de las artes, de la justicia, solo ella podía lograr el milagro de que yo me salvase.

—Atenea les prometió a Servius y Marcus que nunca más un Dios Romano atentaría contra el pueblo, aunque ya nadie creyese en ellos. Les dijo que un Dios no necesita que crean en él para ayudar, que simplemente presta su ayuda porque es su deber. Y así fue como la gran Mitología Romana quedó en el olvido para dar paso a otros Dioses. Dioses que siempre serán los mismos porque cumplen la misión de búsqueda del ser humano, por esa necesidad de no encontrarse solo en el mundo y siempre tener a alguien a quien imitar y a quien pedir ayuda.

—Esta es mi historia, Luis. Fui plantado por un humano y salvado por una Diosa.

—Ahora, Luis, los tres nos tenemos que despedir, has de regresar a tu mundo. Pero no te entristezcas por ello.

—No quiero regresar, aquí soy feliz. ¿Por qué he de irme?

—Porque la historia más bella aún te aguarda. En unos segundos vas a despertar.

—¡NO! No quiero volver al mundo que tan injustamente me está tratando.

V

—Hola Luis.

—¿Soraya?

—Hola, ¿te ha gustado el viaje al pasado y esas maravillosas historias?

—¿Cómo sabes tú eso? Me estás asustando. Tan solo me he desmayado y he tenido un extraño sueño. Nada más.

—No niegues nada de lo que te ha ocurrido. Hace años yo pasé por lo mismo, aún recuerdo el día que me quedé mirando estos árboles del mismo modo que tú lo has hecho.

—¿Cómo?

—Sí, Luis, aún te queda una historia por escuchar.

—Era el año 1968 cuando en estas tierras empezó a descubrirse todo lo que escondían, un pasado legendario, de lujo, de mansiones y frescos puramente mitológicos, pero habían tres seres insignificantes, un viejo pino lleno de resina nada frondoso, un olivo infértil y primitivo que tampoco servía para replantarse en otro lugar y un viejo acebo nada vistoso, partido en dos, que únicamente serviría para hacer adornos navideños en el próximo año. Por aquel entonces yo

tenía únicamente ocho años, cuatro menos que tú, y no atravesaba un buen momento en mi familia, mi madre estaba muy enferma, y en el colegio no encajaba nada bien, mientras todos los niños pasaban las horas jugando en la calle y viendo quien tenía televisión todos los programas que emitían y que por supuesto les permitieran ver tus padres, yo pasaba el tiempo leyendo libros de viejas historias, preguntaba demasiado, incluso se puede decir que debido a la época que era podía llegar a incomodar.

—Un día mi padre no podía dejarme sola en casa así que me fui con él al trabajo. Trabajaba arrancando árboles, demoliendo edificios o todo aquello que le pidieran hacer con la gigantesca máquina que conducía. Aquel día le tocaba arrancar las raíces de su tierra, le habían mandado tronchar a nuestros tres amigos. Nunca olvidaré ese momento en el que los vi por vez primera, para nunca separarme de ellos. Cuando supe lo que mi padre iba a hacer lo frené, le pedí que no lo hiciera. Él intentó explicarme que no tenía la culpa de que se lo hubieran encargado, pero yo le dije que si lo hacía sería tan culpable como quien lo había ordenado.

—Espera Soraya, ahora nos toca terminar la historia a nosotros. A las horas se generó una gran revuelta en las

excavaciones, porque una niña había conseguido convencer a todo un conjunto de hombres poderosos de que nos salvaran la vida, ya que éramos mucho más valiosos de lo que aparentábamos. Fuiste nuestra nueva diosa, Soraya. Nunca, aunque pasen milenios, podremos agradecerte lo que fuiste capaz de hacer. Conseguiste que nuestras historias siguieran presentes para todo aquel que es capaz de escucharnos, como este joven, Luis, al que espero ver de ahora y para siempre cada vez que pueda reunirse con nosotros. Tú, Soraya, nos pusiste nombre, nos hiciste leyenda. Aún recordamos cuando no sabías pronunciar bien TORMOGUS y preferiste decir TORMOGODUS aunque pareciese mucho más envevesado.

—No, vosotros me salvasteis a mí. Hicisteis que por fin mi vida tuviera sentido, que no era un bicho raro sino alguien que sabía mirar más allá de lo que sus sentidos le transmitían. Me consolasteis cuando estaba triste y aún lo seguís haciendo. Nunca os podré olvidar aunque mi memoria se turbe con los años.

—¿Y tú, Luis, por qué lloras?

—Porque al principio todo parecía un sueño, pero conforme me he sentido tan feliz me he dado cuenta que no lo era, los sueños nunca, por muy bonitos que sean, dan tranquilidad y yo he sentido una gran paz en mi interior como nunca antes lo había hecho. Lloro porque me he identificado tanto con tu historia, Soraya. En mi casa mi padre está muy enfermo, mi madre llora cada día y yo en el instituto intento no aparentar ser débil y por eso hago que no me interesa estudiar, para ganarme el favor de los líderes de la clase. Pero sin embargo cada semana voy a la biblioteca y leo un libro. No quiero sentirme un inútil por pensar en historias pasadas cuando mi familia lo está pasando mal. Y sin embargo lo que más quiero es aprender. Os prometo amigos que vendré a veros siempre que pueda. Nadie había sido capaz de sacar mis sentimientos hacia al exterior como habéis hecho vosotros.

—No te puedes imaginar Luis lo que me alegra escuchar esas palabras. Yo sabía lo que sentías, pero necesitaba que tú también te dieras cuenta por eso te traje aquí. Ahora mismo van a salir tus compañeros, es hora de despedirnos de nuestros mágicos amigos.

—Os quiero amigos, nunca os olvidaré y muchas gracias Soraya, te esteré eternamente agradecido.

—Nosotros tampoco te vamos a olvidar, Luis.

—No tienes por qué darme las gracias, dátelas a ti mismo por ser como eres y tener ese corazón.

“Todos los demás se alejarán de este lugar sin descubrir su misterio porque su mentes y corazones todavía no están preparados para las revelaciones del interior de sus espíritus”.

—Ya hemos terminado. Luis, ya era hora de que despertases. Te has perdido toda la visita al museo.

—¿Os ha gustado?

—Sí, ha estado bien. Pareces raro, estás distinto, nos tienes que contar lo que has soñado, si es que has soñado algo, porque te has desmayado en cuanto hemos entrado.

—No, no estoy raro, simplemente soy feliz.

—Venga chicos, hay que subir en el autobús de vuelta.

~

“De nuevo, una vida ha cambiado. Albergó tantos recuerdos de tantos lugares que me siento inmortal, me alimento de ellos, de cada

recuerdo y cada leyenda, todas tan iguales y tan diferentes a la vez. Solo podré dejar de existir cuando se olviden de mí, existo en la memoria, solo soy HISTORIA, aquello que hace que la humanidad avance, que deje su etapa infantil y siga evolucionando. Hoy soy feliz, estas historias me enorgullecen, otras me afligen como cuando en el ser humano aflora su lado oscuro. En mí, en la HISTORIA, está el secreto, todo lo sé pero hay veces que la gente no quiere escuchar”.

